

voloteando delante de mí, y luégo continué la cuesta casi completamente consolado y tranquilo.

En aquella *soledad* de Baracaldo, donde fuí recibido con los brazos abiertos, encontré á mi pobre hijo hermoso, bueno, humilde, trabajador, y soñando, no con lo que á su edad soñaba su padre, sino con lo que á su edad soñaba su tio, y allí supe cómo habia muerto su pobre madre...

— ¿Cómo habia muerto?

— ¡Loca, señora ama, andando de dia y de noche desde el camposanto, donde hacia algunos meses que dormia su niña, enfermiza desde que nació, porque habia mamado leche envenenada por el dolor, hasta la orilla del mar, donde gritaba y daba saltos de alegría cuando veia que un barco tomaba rumbo hácia el abra, y caia al suelo llorando sin consuelo cuando veia que el barco continuaba ría arriba sin que se destacára de él un bote con rumbo á Santurce!

En Baracaldo descansé, me consolé un poco, y áun trabajé de modo que nadie hubiera dicho al verme que toda la vida habia sido un holgazan visionario, hasta que Dios llevó por allí al señor amo á caza de *chimbos*, y viéndome trabajar en la huerta y el jardin del indiano, me propuso, en buena hora para mí, que me viniera con él á Gorostiza, y me vine despues de decirle á mi hijo, haciendo lo que el diablo que se metió á fraile despues de harto de carne:

— ¡Hijo, escarmienta en cabeza de tu padre! Pase que hagas las locuras ó tonterías que se te metan en la cabeza; pero carga tú solo con sus consecuencias, y no

quieras que carguen una pobre mujer y unos inocentes niños que no tienen la culpa de que tú seas loco ó tonto. Hay un cantar que dice, y dice la verdad:

«Por más que la esperanza
mucho aproveche,
mucho más aprovechan
tortas y leche.»

Leandro, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas, como los de su madre, al terminar Chómin su historia me miró con expresion de gratitud tan honda y pura, que sentí ánsia de darle un apretado abrazo.

XXI.

LA ENCINA DE LA SALVE.

El otoño suele prolongarse en Vizcaya, y particularmente en las marismas, hasta fin de año, con suave temperatura y cielo que recobra su serenidad así que pasan las lluvias equinocciales ó el cordonazo de San Francisco, como dicen los marinos, gente que, con razon, se sabe de memoria el santoral, por la razon que encontramos en la canta que dice:

«El que no sepa rezar
que vaya por esos mares,
y verá qué pronto aprende
sin enseñárselo nadie.»

Cuando allí comienza verdaderamente el invierno es cuando comienza el año, en que sobrevienen las tempestades, las granizadas, las lluvias y los frios, y áun así

rara vez exceden estos rigores del mes de Febrero, y rara vez excede el frío del grado de congelación.

Francisco y yo aprovechábamos las apacibles tardes de otoño para pasear por aquellas hermosas y pobladas llanuras que sirven como de antesala á Bilbao y divide el Ibaizabal, asignando el hemicírculo de la izquierda á Abando, y el de la derecha á Deusto ó Déustua, como en lo antiguo se llamaba esta deliciosa república.

Dos cosas eran principal objeto de nuestras conversaciones: los recuerdos de nuestra infancia y nuestra aldea, y aquella familia de Gorostiza, que me era ya tan querida como á Francisco, á pesar de que hacía muy poco tiempo que la conocía y trataba.

Una tarde nos dirigimos Francisco y yo por la margen derecha del Ibaizabal. El sol, que aún estaba alto y todavía conservaba resabios caniculares, era un poco incómodo en el trecho que media desde el límite del campo de Volantín hasta la carnicería de Deusto, no tanto porque allí no preservaban los árboles de sus rayos, como porque, reflejándose éstos vivísimamente en el agua, aumentada en aquella hora con la pleamar, herían y molestaban la vista. Al salir de las umbrías del campo de Volantín, me dijo Francisco:

— Nos sentaremos un rato bajo la encina de la Salve hasta que el sol baje un poco.

— ¿Qué encina es esa? le pregunté.

— Aquella grande y frondosa que ves allí, me contestó indicándome una que se alzaba donde terminaba la arboleda, en una plazuela formada por un ángulo saliente del muelle.

En efecto, nos sentamos bajo aquella encina, cuyo ramaje cobijaba cómodos asientos de piedra, á los que servía de respaldo el pretil del muelle.

El Noroeste, que hinchaba las velas de multitud de buques que subían á Bilbao aprovechando la marea, hacía delicioso aquel sitio.

La encina que nos daba sombra llamaba mucho mi atención. El roce de las maromas de sirga había ido labrando profundas muescas en su durísimo tronco por el lado de la ría.

— Antigua debe ser esta encina, dije á Francisco.

— Es probable, me contestó éste, que conociese los mejores tiempos del roble de Arbieto, porque cuando en el siglo XVII construyó estos muelles de dos leguas aquel famoso consulado de Bilbao, cuya jurisdicción alcanzaba desde Bayona á Bayona, es decir, desde Bayona de Francia á Bayona de Galicia, esta encina existía ya y era árbol lucido, puesto que entre las instrucciones que se dieron para la construcción de los *cais* ó muelles en las ibarras de Begoña, como á esta parte de la ribera se llamaba, hay una cláusula en que se ordena «conservar sin daño el encino que está cabe la canal.» También se sabe que á fines del mismo siglo y principios del siguiente los marinos que subían á Bilbao, después de correr riesgos temporales y peligros, de que creían haberse salvado por la intercesión de la Virgen de Begoña, fijaban *victorios* á la Virgen en el tronco de esta encina.

— Un verdadero *victor* á la Virgen parece el nombre de la Salve que se da á este sitio.

— Ciertamente lo es, y más si es cierto el origen que se le atribuye.

— ¿Qué origen es ese?

— Era antigua y piadosa costumbre de las gentes que se dirigían á la villa ó á visitar el santuario de Begoña, detenerse aquí para rezar una salve á la Virgen, porque al llegar aquí descubrían el santuario tan de frente y tan de cerca que se creían poco ménos que á su sombra, y esta costumbre persevera aún, particularmente en las gentes aldeanas. Una anécdota que se cuenta á propósito de esto prueba lo generalizada que estaba aún en tiempos no lejanos esta piadosa costumbre. Un forastero que la ignoraba vino á Bilbao á fines del último siglo y pidió el caballo á un amigo suyo para hacer un viaje de ida y vuelta á alguna de las aldeas de la banda derecha de la ría. Volvía de su viaje satisfechísimo del caballo, cuando al llegar aquí se paró el animal, y por más que le arriñó la espuela no pudo conseguir que siguiera adelante. Creyendo que el caballo se había detenido por venir cansado, cesó de espolearle y algunos instantes después sin necesidad de voz ni de espuela echó el caballo á andar. Preguntó el bilbaíno al forastero que tal se había portado la cabalgadura, y como le contase lo que aquí le había sucedido con ella, le dijo que no lo extrañaba porque el caballo, como todos los de la villa, estaba acostumbrado á detenerse en la Salve el tiempo necesario para que el jinete enviase á la Virgen la salutacion angélica.

Estos y otros recuerdos de la Salve y de la secular encina amada y respetada de los cónsules bilbaínos, deben

completarse con una carta, á la vez triste y consoladora, que he recibido de Bilbao al empezar á escribir este libro, que por más que intente reflejar la paz y la dicha de ayer, no puede ménos de reflejar de vez en cuando la perturbacion y el infortunio de hoy. Díceme mi querido amigo y colega Sabino de Goicoechea, el discreto y sentido autor de aquel hermoso y modesto libro titulado *Ellos y nosotros* inspirado en las desventuras de otra guerra civil no ménos sangrienta y desoladora que la presente:

«Tengo que dar á V. una noticia que le entristecerá no poco, amante como es de los árboles, y sobre todo de los árboles históricos. La secular encina de la Salve ha sido derribada por los carlistas. Si me pregunta V. por qué se ha destruido este árbol de los recuerdos bilbaínos, le diré que lo ignoro, pues no basta á explicarlo la sospecha de que puede haber sido con objeto de que cayese á la ría y embarazase la navegacion. Faustino y yo (1) lo hemos sabido con verdadero desconsuelo, y para mitigar éste algun tanto, hemos hecho lo único que podíamos hacer, que es adquirir aquel venerando tronco para conservarle y en tiempo ménos desventurado que éste mandar labrar una imágen de la Virgen y colocarla en una capillita erigida en la Salve misma, con el triple objeto de perpetuar el recuerdo del árbol histórico, de glorificar á la Virgen y de atestiguar públicamente nuestra gratitud y la del pueblo bilbaíno por el favor que hemos recibido de la madre de Dios durante este horrible dilu-

(1) Don Faustino de Zugasti cuyo amor á los árboles histórico-seculares hice notar al hablar del de Arbieto.

vio de hierro, plomo y fuego que sobre nosotros han lanzado nuestros propios hermanos. Creemos que todos los bilbianos se asociarán con entusiasmo á nuestra idea tributando fervoroso culto á la *Virgen de la Salve.*»

¡Con razon he calificado esta carta de triste y consoladora: si entristece la barbarie y la indiferencia de los que derriban el monumento de los recuerdos, consuela la cultura y la fe de los que se proponen restaurarle y embellecerle!

XXII.

LOS CANTOS INFANTILES.

El sol iba ya descendiendo sobre el lejano valle de Somorrostro y sus rayos no reverberaban ya en las saladas ondas que movieron á cantar á un *coblari* de las orillas del Ibaizabal :

Dos veces al día sube
por Olabeaga la mar
á echar á las bilbaínas
dos puñaditos de sal.

Francisco y yo continuamos hácia Deusto y poco á poco dimos vista á la plaza de la anteiglesia que solia ser el límite de nuestro paseo por aquella parte. La casa consistorial y las escuelas están al Mediodía de la plaza y la iglesia al Norte. Una porcion de niñas que acababan de salir de la escuela estaban cantando y jugando á la rueda delante de la casa consistorial. Estos cantos infantiles me han enamorado siempre mucho. Tanto por esto, co-

mo por ver si podia sustituir en Madrid las majaderías y áun obscenidades que las niñeras ponen en boca de los ángeles cuya salvaguardia se les ha confiado, he compuesto muchos cantos infantiles que áun cuando no enseñasen, no corrompiesen ; pero me he tomado un trabajo inútil porque algunas niñas que los han aprendido y han querido enseñárselos á sus compañeras y cantarlos, han tenido que desistir de su propósito ante la autoridad literaria de las niñeras que ha declarado muy superior á ellos, por ejemplo, aquel que empieza :

« Me casó mi madre
chiquita y bonita
con un muchachito
que yo no queria. »

y continúa narrando una serie de aventuras matrimoniales en que la querida desempeña el papel de juez, el marido el de verdugo y la esposa el de víctima.

Temeroso de que las niñas suspendieran sus cantares al acercarse á ellas un señor cura, y me privasen de la delicia que encontraba en oírlos, rogué á Francisco que en vez de atravesar la plaza fuésemos á sentarnos en el pórtico de la iglesia, desde donde las veríamos y oíríamos casi sin que ellas nos vieran, y así lo hicimos.

Terminaban las niñas un canto muy tierno y hermoso cuyo principio no habíamos oído, y yo esperaba con suma curiosidad el que le siguiese.

No tuve que esperar mucho, pues casi inmediatamente empezaron otro, cuyo tono era el de aquel que comienza :

« Á la cinta, cinta de oro..... »